

Narración de una situación casual dentro de un molino

Aleja Hernández

El malestar lo había estado carcomiendo durante días, tal vez semanas. Después de tantos años, no se le hacía difícil reconocer qué era lo que le ocurría. El cuerpo le daba espasmos y le gritaba que se moviera, que hiciera caso a sus instintos, pero él luchaba con callar los gritos internos y quedarse en cama hasta que su cuerpo estuviera en paz. En realidad, el malestar nunca se iba, pero era controlable, solo que esos últimos días había sido más intenso que nunca. Sin embargo, esa mañana se levantó de golpe, pensaba hacer algunas tareas domésticas o dar un paseo por la granja, pero muy en su interior sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Decidido, salió de casa.

Nada más cruzar la puerta sus ojos se habían desviado apuntando hacia el molino. Se quedó un rato contemplándolo, no supo cuánto exactamente, con un deseo animal que lo impulsaba a acercarse, así que caminó despacio y entró. Subió las escaleras y se mantuvo de pie mirando el movimiento constante del monstruoso aparato; fue ahí cuando entendió las señales de su cuerpo. Le resultó curioso lo rápido que se puede uno deshacer de los pudores y las reglas que todos hemos sido obligados a no romper durante toda la vida. Al menos para él, eso había significado décadas de esfuerzos, tratando de abstenerse de cuestiones que sabía eran por su bien, pero se sintió listo para dejar de pensar en su bien y dejarse dominar por ese instinto, ese deseo que había interpretado siempre como un malestar, una enfermedad.

Entonces metió la mano izquierda entera en la piedra de moler.

Tal vez fue por la conmoción del momento o por el viento que soplaba suave a esas horas del inicio de la tarde, pero sintió despacio, casi como caricias, cómo se le desgarraba de la muñeca cada dedo al ritmo de las gigantes aspas del molino. El día era cálido y oía de fondo el sonido de sus huesos triturándose, mientras veía caer su carne molida e hilos de sangre a la cubeta azul desteñida en la que solía caer el trigo.

Se sentía blando, como si tuviera la textura de un millón de bolas de algodón que se desprenden sin esfuerzo y se van volando con cualquier brisa; se veía a sí mismo muy fácil de tajar, de romper, tan vulnerable que supo que, a menos de que no sacara la mano de la piedra, la fuerza de los giros le iba a arrancar el brazo entero. Pero había en el dolor de la mutilación algo que le causaba más placer que agonía. Así había sido

siempre. Toda su vida sintió el estorbo de muchas partes de su cuerpo, había querido despedazarse a sí mismo para ir liviano de tantas extremidades que, por su movimiento y el peso de los huesos, lo hacían sentirse tieso, impedido como una máquina sin aceite a la que le cuesta funcionar y sus engranajes se retuercen de tanto óxido, como gritando ayuda, suplicando para detenerse.

Se preguntaba en qué momento había empezado a experimentar el deseo de arrancarse a trozos su propio cuerpo, y se recordó cuando era niño, cuando no podía evitar morderse los dedos hasta que le sangraran. Una vez había puesto el dedo índice a propósito en el borde de la puerta del corral, hecha de madera ya ruñida y filosa por el tiempo y el desgaste, así, cuando su madre la dejara cerrar, el dedo se le desprendería. Y lo había logrado, pero su madre, que era enfermera, se lo había cosido y vuelto a dejar como antes. Contempló durante media hora y sin anestesia la aguja que traspasaba su piel numerosas veces, pero no gritó. Con el tiempo sus padres habían dejado de reñirlo y habían optado por amarrarle dos o tres pares de guantes de lana gruesa en cada mano, para que la fuerza de los mordiscos no traspasara a la piel y no pudiera lastimarse o mutilarse a propósito. Lo mismo ocurrió más tarde con los dedos de los pies, por lo que no le permitían quitarse los zapatos ni para dormir.

Se volvió a la realidad y se miró el brazo atascado, pero no forcejeó con el molino. Su hombro estaba en peligro, pero no tenía miedo de perderlo. Al contrario, hizo más presión hacia la piedra y con un chasquido el hombro se le desencajó. Fue de la dislocación a la fractura y de la fractura al desprendimiento de tendones en segundos. La piel tardó un poco más y pudo ver cómo se estiraba hasta el límite y se rasgaba como una hoja de papel.

Soltó un grito de dolor, pero la mala sensación se le disipó de inmediato al experimentar de repente una soltura extrema del lado izquierdo de su cuerpo. Perdió el equilibrio hacia la derecha por el contraste del peso de su otro brazo, pero aun así pensó que nunca se había sentido tan libre.

Recordó cuando su hijo lo había descubierto una vez en el granero, con tres dedos del pie que se había picado como zanahorias. El niño corrió a casa por un botiquín sin decir una palabra, pero cuando volvió su padre tenía ya puestas las botas con las que salía a recoger el trigo y salió del granero sin mirarlo, caminando sin cojear con los tres dedos en el bolsillo. No olvidaba cómo se había sentido, como desprendido de protuberancias que le apretaban dentro de las botas y que no lo dejaban caminar a gusto.

Se acercó hacia la cubeta donde caían sus restos triturados y, tambaleándose, tomó un puñado, lo metió en su boca y masticó los fragmentos de hueso duro que se mezclaban entre la carne roja y suave. Se sentía bien, el sabor no estaba mal, aunque no estaba seguro de si era porque su carne era buena,

o solo le agradaba por tener la satisfacción de estar probándose a sí mismo.

La primera vez que salió con Rosie, siendo adolescentes traviosos, lo hicieron sin permiso. Cuando ella se había dejado besar los labios y el cuello, no pudo evitar el impulso de clavarle los dientes. Llegó a casa unas horas después con la camisa blanca manchada de carmesí. Mientras tanto, la chica había llegado a la suya con el labio inferior desprendido de su cara y su madre no la había dejado volver a la escuela en un tiempo. No pudo decirle que se había estado besando con un hombre que le había desgarrado la boca, eso habría sido más vergonzoso que asumir una falsa torpeza de haberse caído en medio del bosque, así que él se había salvado de un complicado inconveniente.

Sin embargo, la carne de Rosie, por muy hermosa que ella fuera, no se comparaba con la suya. Llevaba ya tres puñados engullidos y no quería parar, pero entonces una voz firme lo devolvió de sus recuerdos.

—Así que al final lo has hecho.

Miró hacia arriba y vio la cara de su mujer. Lo miraba inmutable. Sabía que algo así iba a pasar tarde o temprano, conocía perfectamente cómo era el hombre con el que se había casado. Aun así, una sombra de decepción pasó por su rostro. Entonces el hombre sintió asco, pensó en lo grotesco de verse a sí mismo, un hombre de sesenta años, con un brazo mutilado y la boca embutida de su propia carne. Se puso de pie para acercarse a la mujer, pero ella retrocedió.

—No te me acerques. No así.

El hombre no dijo nada, pero algo en su mente de pronto tuvo forma. «No así». ¿Así cómo? Con sus deseos más oscuros manifestados de la forma más desnuda. Se sintió traicionado. Había vivido con ella tantos años... todos los secretos compartidos. Se había entregado a ella cuanto su alma le había permitido y justo en su peor momento no había sabido entenderlo. La miró un momento y cuando ella se dio la vuelta para bajar las escaleras, cabizbaja, la agarró con fuerza de la cintura. Se complicó un poco tener que cargarla con un solo brazo, pero era delgada y muy frágil.

—¡Suéltame! ¡No me hagas esto! —la mujer gritaba, pero el hombre ya no oía.

La soltó un momento, le estampó la cabeza contra la canaleta por la que bajaba el trigo y sintió el peso de su cuerpo desmayado.

Cargándola como pudo, se acercó a la piedra de moler. Había todavía rayos de sol y el viento no había parado de mover las aspas del molino.